

CAPÍTULO XXVI.

De las diversas formas de la idolatría: los sentidos, el interés, la ignorancia, un falso respeto á la antigüedad, la política, la filosofía y las heregias fueron los auxiliares que tuvieron: la Iglesia triunfa de todo.

Parécenos la idolatría la debilidad personificada, y cuéstanos trabajo comprender que haya sido necesaria tanta fuerza para destruirla. Pero por el contrario, su misma estravagancia hácenos ver la dificultad que habia para vencerla; y un trastorno tan grande del sentido común nos manifiesta bien á las claras cuán corrompido se hallaba el principio. El mundo habia envejecido en la idolatría, y, encantado por sus ídolos, se habia hecho sordo á la voz de la naturaleza que gritaba contra ellos. ¿Qué poder no se necesitaba para recordar á la memoria de los hombres el verdadero Dios, á quien tan profundamente habian olvidado, y para despertar al género humano de un tan prodigioso letargo?

Los sentidos, las pasiones y los intereses todos combatian en defensa de la idolatría. Habia sido creada por el placer: las diversiones, los espectáculos, y hasta la licenciosidad, formaban una parte de su culto divino. Las fies-

tas eran todas juegos; y no habia ningun passage de la vida humana de donde el pudor fuese desterrado con mas cuidado que lo estaba de los misterios de la religion. ¿Cómo era posible acostumbrar corazones tan pervertidos á la regularidad de la verdadera religion, casta, severa, enemiga de los sentidos, y únicamente apegada á los bienes invisibles? S. Pablo hablabá á Felix, gobernador de Judea, "de la justicia, de la castidad, y del juicio futuro." Este hombre espantado le dijo: "retiraos por ahora, que yo os mandaré á llamar cuando sea menester." Estos razonamientos eran muy incómodos para un hombre que queria gozar sin escrúpulo y á cualquiera precio de los bienes de la tierra.

¿Quereis ver remover el interés, este poderoso resorte que es el móvil de las cosas humanas? En este gran descrédito de la idolatría que empezaban ya á causar en toda el Asia las predicaciones de S. Pablo, los artifices que ganaban su vida haciendo pequeños templos de plata de la Diana de Efeso se reunieron, y el mas acreditado hizo presente á sus compañeros "que iba á cesar su trabajo; y no solamente, dijo, corremos riesgo de perderlo todo, sino que el templo de la gran Diana va á caer en desprecio; y la magestad de la que es adorada en toda el Asia, y aun en todo el universo, irá desapareciendo poco á poco."

¡Qué poderoso y qué atrevido es el interés cuando puede cubrirse con el pretexto de religion! Bastó lo dicho para conmover á todos los artífices. Salieron todos juntos gritando como frenéticos: ¡la gran Diana de Efeso! y cogiendo á los compañeros de S. Pablo lleváronlos al teatro, en donde toda la ciudad se hallaba reunida. Presentados allí, redobláronse los gritos, y durante dos horas no se oyeron resonar en la plaza pública mas que estas palabras: ¡la gran Diana de Efeso! A duras penas fueron sustraídos por los magistrados de las manos del pueblo S. Pablo y sus compañeros, y faltó muy poco para que no se cometiesen los mayores desórdenes en este tumulto. Pues unid al interés de los particulares el de los sacerdotes que iban á caer en descrédito con sus dioses; y unid á todo esto el interés de las ciudades á las que hacia ilustres la falsa religion, tal entre otras como la ciudad de Efeso, que debia á su templo sus privilegios y la concurrencia de los extranjeros con quienes se enriquecia: y figuraos ahora; qué tempestad no debia levantarse contra la Iglesia naciente! ¿Y nos admiraremos ahora de que los apóstoles fuesen tan frecuentemente azotados, apedreados, y aun dejados por muertos entre el populacho amotinado? Pero un interés mayor va á poner en movimiento una máquina mas grande; el interés del estado va á poner en accion al Senado, al

pueblo romano, y á los emperadores. Ya hacia mucho tiempo que los decretos del Senado prohibian las religiones estrangeras: los emperadores siguieron la misma política; y en aquella célebre deliberacion en que se trataba de reformar los abusos del gobierno, uno de los principales reglamentos que Mecenas propuso á Augusto fue impedir las novedades en materia de religion, que no dejaban de causar peligrosos movimientos en los estados. La máxima era muy cierta: porque ¿qué cosa hay que conmueva con mas violencia los ánimos y que los conduzca á excesos mas atroces? Pero Dios queria hacer ver que el establecimiento de la verdadera religion no escitaba semejantes turbulencias; y es una de las maravillas que demuestra que él conducia esta obra. Porque ¿quién no se admirará al ver que durante trescientos años enteros que la Iglesia tuvo que sufrir todo lo que la rabia de los perseguidores pudo inventar de mas cruel, entre tantas sediciones y tantas guerras civiles, entre tantas conjuraciones contra las personas de los emperadores, no se haya jamas encontrado complicado un solo cristiano ni bueno ni malo? Los cristianos desafian á sus mayores enemigos á que citen uno solo; jamas hubo ninguno: tan grande era la veneracion que la doctrina cristiana inspiraba en favor del poder público, y tan profunda fue la impresion que causó en

todos los corazones esta palabra del hijo de Dios: "dad al Cesar lo que es del Cesar y á Dios lo que es de Dios."

Grabóse de tal manera esta bella distincion en todos los espíritus, y produjo en ellos una luz tan clara, que jamas los cristianos cesaron de respetar la imagen de Dios en los príncipes perseguidores de la verdad. Este caracter de sumision resplandece de tal manera en todas sus apologías, que aun hoy dia inspiran á los que las leen el amor al orden público, y hace ver que ellos solo aguardaban de Dios el establecimiento del cristianismo. Hombres tan determinados á la muerte, que se hallaban estendidos por todo el imperio, y que formaban parte de todos los ejércitos, ni una sola vez se ha desmentido su fidelidad durante tantos siglos de sufrimiento; se prohibian á sí mismos no solo las acciones sediciosas, sino tambien las murmuraciones. El dedo de Dios está marcado en esta gran obra; porque ninguna otra mano mas que la suya pudo retener la venganza de unos hombres á quienes las injusticias exasperaban hasta el punto de exacerbar sus pasiones de un modo intolerable.

A la verdad, érales muy duro verse tratados como enemigos públicos y como enemigos de los emperadores ellos que no respiraban mas que obediencia, y cuyos mas ardientes votos tenian por objeto la salud de los

príncipes y la fidelidad del estado. Pero la política romana creíase atacada en sus fundamentos cuando se despreciaban sus dioses. Roma se jactaba de ser una ciudad santa por su fundacion, consagrada desde su origen por los auspicios divinos, y dedicada por su fundador al dios de la guerra. Casi creía que Júpiter se hallaba mas presente en el Capitolio que en el cielo; creíase deudora á la religion de sus victorias, y que por ella habia dominado á las naciones y á sus dioses; porque asi se discurría en aquel tiempo: de manera que los dioses romanos debian ser los señores de los otros dioses, asi como ellos lo eran de los demas hombres. Roma, sojuzgando á la Judea, contó al Dios de los judíos en el número de los dioses vencidos por ella: intentar solo hacerle reinar era conmover los fundamentos del imperio; era nada menos que hacer ilusorias sus victorias, y detestar el poder del pueblo romano. De aquí era que los cristianos, enemigos de los dioses, eran mirados al mismo tiempo como enemigos de la república. Mas cuidado ponian los emperadores en esterminarlos que en esterminar á los partos, á los marcomanos y á los dacios: el cristianismo humillado se presentaba en sus inscripciones con tanta pompa como á los sarmatas derrotados. Pero vanamente se jactaban de haber destruido una religion que no solo se robustecía

con la sangre y el fuego con que se perseguía, sino que cada vez se extendía más y se multiplicaban sus prosélitos. En vano inventaban calumnias para justificar su crueldad: hombres que practicaban virtudes tan superiores al hombre mismo, eran acusados de vicios que causan horror á la naturaleza. Acusábase de incestuosos á aquellos que hacían de la castidad sus delicias; acusábase de que se comían sus propios hijos á aquellos que eran benéficos para con sus perseguidores. Pero á pesar de aquel encono público, la fuerza de la verdad arrancaba de la boca de sus enemigos testimonios favorables á su virtud. Todos saben lo que escribió Plinio el joven á Trajano acerca de las buenas costumbres de los cristianos. Quedaron justificados, pero no se les absolvió por eso del último suplicio; porque érales necesario todavía este último amargo trago para ser ellos la imagen de Jesucristo crucificado, pues que como él debían marchar á la cruz con una declaración pública de su inocencia.

La idolatría no empleaba toda su fuerza en la violencia. No obstante que en su esencia fuese una ignorancia brutal, y una completa depravación del corazón humano, quería cohonestar sus motivos con algunas razones. ¡Cuántas veces no procuró ella disfrazarse, y de cuántas maneras no se transformó para cubrir

su vergüenza! Algunas veces hacía la respetuosa hácia la divinidad. Todo lo que es divino, decía, es desconocido: solo la divinidad se conoce á sí misma: no nos toca á nosotros discurrir sobre cosas tan altas; y es por lo que es menester dar crédito á los antiguos, y por lo que todos deben seguir la religion que encuentren establecida en su país. Con estas máximas los errores tan groseros como impíos que se hallaban arraigados en toda la tierra no podían arrancarse, y la voz de la naturaleza que anunciaba al verdadero Dios era sofocada.

Habia motivo para pensar que la debilidad de nuestra razón estraviada tenia necesidad de una autoridad que la volviese á traer al buen camino, y que era de la antigüedad de donde era menester aprender la religion verdadera. También lo habeis visto en el orden inmutable que ha seguido desde el origen del mundo. Pero, ¿de qué antigüedad podía gloriarse el paganismo, que no podía leer sus propias historias sin encontrar en ellas el origen no solo de su religion sino también el de sus dioses? Varron y Ciceron, sin contar otros autores, nos han hecho ver bien esto. ¿O bien recurriremos á los infinitos millares de años de que los egipcios tejían confusas é impertinentes fábulas para establecer la antigüedad de que ellos se gloriaban? Pero también en

estas mismas historias se veian nacer y morir las divinidades del Egipto; y aquel pueblo no podia hacerse antiguo sin marcar el punto donde tuvieron principio sus dioses.

He aquí otra forma de la idolatría. Querria que sirviese todo lo que pasaba por divino. La política romana, que prohibia tan severamente las religiones estrangeras, permitia que se adorase á los dioses de los bárbaros con tal que ella los hubiese adoptado. Así queria parecer equitativa hácia todos los dioses como hácia todos los hombres. En el registro de los dioses estrangeros intercalaba tambien algunas veces al Dios de los judíos. Tenemos una carta de Juliano el Apóstata en la cual promete á los judíos restablecer la ciudad santa y sacrificar con ellos al Dios criador del universo. Hemos visto que los paganos querian tambien adorar al verdadero Dios, pero no al verdadero Dios solo; y no estuvo en la mano de los emperadores que Jesucristo, á cuyos discípulos perseguia, no tuviese altares entre los romanos.

¿Pues qué los romanos pudieron pensar en honrar como á Dios á aquel mismo á quien sus magistrados condenaron al último suplicio, y á quien muchos de sus autores llenaron de oprobios? No hay que admirarse, porque esto es incontestable.

Distingamos en primer lugar lo que hace

decir en general un ódio ciego, de los hechos positivos de que se cree tener la prueba. Es cierto que aunque los romanos condenaron á Jesucristo, jamas le han echado en cara ningun crimen particular. Pilatos le condenó con repugnancia, forzado por los gritos y por las amenazas de los judíos. Pero lo mas maravilloso es que los mismos judíos, autores de su crucifixion, no hayan conservado en sus antiguos libros la memoria de ninguna accion que manchase su vida, lejos de haber señalado ninguna que le hiciese merecedor del último suplicio: por donde se confirma manifestamente lo que leemos en el Evangelio, que todo el crimen de nuestro Señor ha sido haberse dicho el Cristo hijo de Dios.

En efecto, Tácito nos refiere el suplicio de Jesucristo bajo Poncio Pilato y durante el imperio de Tiberio; pero no hace mencion de ningun crimen que le hiciese merecedor de la muerte, mas que el de ser el autor de una secta convencida de aborrecer al género humano, ó de serle odiosa. Tal es el crimen de Jesucristo y de los cristianos; y sus mayores enemigos jamas han podido acusarles mas que en términos vagos, sin alegar un hecho positivo que se les pudiese imputar.

Es verdad que en la última persecucion, y trescientos años despues de Jesucristo, los paganos, no sabiendo ya de qué acusarles ni

á él ni á sus discípulos, publicaron dos falsas actas de Pilatos, en que pretendian que se verían los crímenes por los cuales habia sido crucificado. Pero como no se ha oído hablar de estas actas en todos los siglos precedentes, y como ni bajo Neron ni bajo Domiciano que reinaban en el origen del cristianismo, y por enemigos que fuesen de él, no se encuentra nada de todo esto, parece que estas actas debieron inventarse á placer; y existen entre los romanos tan pocas pruebas constantes contra Jesucristo, que sus enemigos se han visto obligados á inventarlas.

He aquí un primer hecho, la inocencia sin tacha de Jesucristo. Añadamos á este, otro segundo, la santidad de su vida y de su doctrina reconocidas. Alejandro Severo, uno de los mas grandes emperadores romanos, admiraba á nuestro Señor, y hacía escribir en las obras públicas, así como en su palacio, algunas sentencias de su Evangelio.

El mismo emperador alababa y proponía por ejemplo las santas precauciones con las que los cristianos ordenaban á los ministros de las cosas sagradas. No es esto todo; se veía en su palacio una especie de capilla, donde él sacrificaba desde por la mañana. Había consagrado en ella las imágenes *de las almas santas*, entre las cuales hallábanse, con Orfeo, Jesucristo y Abraham. Tenia otra capilla, ó como

quiera traducirse la palabra latina *lararium*, de menor dignidad que la primera, en la que se veía la imagen de Aquiles y las de algunos otros hombres grandes, entre las cuales la de Jesucristo ocupaba el primer lugar. Un pagano es quien escribe esto, y cita por testigo á un autor del tiempo de Alejandro. He aquí, pues, dos testigos de este mismo hecho; y he aquí otro hecho que no es menos sorprendente.

Aunque Porfirio, abjurando el cristianismo, se hubiese declarado su enemigo, no deja en el libro intitulado *La filosofía por los oráculos* de confesar que los ha habido muy favorables á la santidad de Jesucristo.

No permita Dios que aprendamos por los oráculos de la mentira la gloria del hijo de Dios que les hizo callar al nacer. Estos oráculos citados por Porfirio son puras invenciones; pero siempre es bueno saber lo que los paganos ponian en boca de sus dioses acerca de nuestro Señor. Porfirio pues nos asegura que ha habido oráculos, "en que Jesucristo es llamado un hombre piadoso y digno de la inmortalidad, y los cristianos, por el contrario, hombres impuros y seducidos." Refiere en seguida el oráculo de la diosa Hecates en que esta diosa habla de Jesucristo como "de un hombre ilustre por su piedad, cuyo cuerpo ha sucumbido á los tormentos, y cuya alma se halla en el cielo con las almas bienaventuradas. Esta alma, decia

»la diosa de Porfirio, por una especie de fatalidad, ha inspirado el error á las almas á quienes el destino no ha asegurado los dones de los dioses y el conocimiento del gran Júpiter; »y es por lo que son enemigos de los dioses. »Pero guardaos bien de difamarle, continúa »élla hablando de Jesucristo, y compadeceos solo del error de aquellos de quienes os he referido el desgraciado destino." Palabras pomposas y enteramente vacías de sentido, pero que manifiestan que la gloria de nuestro Señor ha forzado á sus enemigos á tributarle elogios.

A mas de la inocencia y de la santidad de Jesucristo, resta todavía un tercer punto que examinar, cual es el de sus milagros, que no es menos importante. Es cierto que los judíos no los han negado jamas; y aun en su Talmud encontramos escritos algunos de los que han hecho sus discípulos en su nombre. Solo sí, que con el objeto de rebajar su mérito y virtud dijeron que los habia hecho por las artes encantadoras que habia aprendido en Egipto; ó bien por el nombre de Dios, aquel nombre desconocido é inefable, cuya virtud es omnipotente según los judíos, y Jesucristo habia descubierto, sin saberse cómo, en el santuario; ó en fin, porque él era uno de los profetas señalados por Moisés, cuyos falsos milagros habian de seducir al pueblo y hacerle caer en la idolatría. Jesucristo vencedor de los ídolos, cuyo Evangelio ha he-

cho reconocer un solo Dios sobre la tierra, no tiene necesidad de que se le justifique de este cargo: los verdaderos profetas no son los que menos han predicado su divinidad, ni él mismo ha dejado de dar pruebas y testimonios irrevocables de ella; y lo que debe resultar del testimonio de los judíos, es que Jesucristo ha obrado milagros para justificar su mision.

Ademas, cuando ellos le acusan de que ha hecho los milagros por magia deben tener presente que Moisés fue acusado del mismo crimen. Esta era la antigua opinion de los egipcios, quienes, admirados de las maravillas que Dios habia obrado en su pais valiéndose de este gran hombre, le contaron en el número de los principales mágicos. Puede verse esta misma opinion en Plinio y en Apuleyo, en los que el nombre de Moisés se halla mezclado con los de Jannes y Mambré, aquellos célebres encantadores de Egipto de que habla S. Pablo, y á los que Moisés confundió con sus milagros. Pero la respuesta de los judíos era facil. Las ilusiones de los mágicos no han tenido nunca un efecto duradero, ni se dirigian á establecer, como lo hacia Moisés, el culto del verdadero Dios y la santidad de vida: unido á esto que Dios sabe bien hacerse el árbitro de estas cosas, y obrar maravillas que el poder enemigo no puede imitar. Estas mismas razones ponen á Jesucristo á salvo de una tan vana